

rios del Quijote o el ingenuo caballero de la palabra, escrito e interpretado por Rafael Álvarez «El Brujo». En ambos, los actores aparecen convertidos en juglares. Hostalot, para hacer un viaje por el mundo de los libros, por las batallas que libró don Quijote, por el amor y la muerte. El Brujo, para relatar las aventuras de don Quijote y negar que su autor fuera Cervantes, pues da por sentado que no existió. Su tesis es que, tras ese nombre, se oculta otro autor o, quizás, varios.

En el apartado dedicado a lo que Juan Antonio Hormigón denomina creaciones dramático-literarias, hay una titulada *Niebla y vida de Don Quijote y Sancho* en la que el autor, Antonio Álamo, responde a esta curiosa pregunta: «¿Qué hubiera sido de don Quijote si, recuperada la cordura, hubiera tenido un día más de vida?». La pieza, que tiene resonancias unamunianas, pues no en vano el dramaturgo ha buceado en obras del escritor vasco como *Niebla y Vida de Don Quijote y Sancho*, recupera al Alonso Quijano que apenas ocupa lugar en el texto original y le enfrenta a su creador para demandarle, ya cuerdo, un día más de vida. Este Quijano, que reniega de don Quijote, pide cuentas a Cervantes por haberle creado pero, al mismo tiempo, trata de ampliar la breve prórroga obtenida. Todo su empeño es que la muerte no llegue, porque morir es una injusticia. En algún lugar se ha dicho que Álamo ha puesto una lupa de aumento a la cabecera de la cama del hidalgo que agoniza consiguiendo agrandar su figura y dilatar los últimos momentos de su existencia para, finalmente, mostrarla desde una óptica contemporánea. La ética del fracaso, la confusión entre realidad y ficción y la angustia existencial son cuestiones que están presentes en este trabajo.

Santiago Martín Bermúdez escribió en 1997 *La más fingida ocasión y Quijotes encontrados*, que ha sido estrenada en la última edición del Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro con el título de *La noche de los Quijotes*. Lo novedoso de la propuesta radica en que el autor ha bebido, además de en el *Quijote* cervantino, en el de Avellaneda, en el Romancero y en la novela de caballería *Espejo de Príncipes y caballeros o El caballero de Febo*. Con todo ello y con lo que su imaginación ha aportado ha compuesto una historia en la que ocurren cosas sorprendentes, como que aparezca una Dulcinea vestida toda de blanco, gentil de aspecto, elegante de parte y natural de señorío. Nada que ver con Aldonza Lorenzo. Diré que en la lista de personajes, el autor advierte de que tan bella y distinguida dama es, en realidad, una impostora, cuyo nombre se reserva para darlo a conocer a su debido

tiempo. Pero lo esencial, y dónde reside buena parte de la originalidad de la obra, es que sus protagonistas son dos Quijotes diferentes, los cuales se encuentran y se enfrentan en la Venta de Maese Roque, cercana al Campo de Criptana. El propio autor resume su contenido en las líneas que preceden al texto. En ellas explica que se trata de una «comedia de Quijotes, el de Cervantes y el de Avellaneda, donde se ven las disputas de ambos caballeros, tan desemejantes, además de otros regocijados asuntos sucedidos en un traspasado de encantamiento». Hay, en efecto, regocijados asuntos, pero, por encima de ellos, un retrato amargo de esas dos Españas eternamente enfrentadas, la conservadora y la liberal, representadas, respectivamente, por un falso Quijote, cuyos argumentos son la violencia, primero verbal y luego física, y el Quijote verdadero, el que nos legó Cervantes, lleno de espiritualidad y amante de la libertad.

He de dar un gran salto atrás, hasta 1984, para rescatar una pieza de Alfonso Sastre, que tuvo poca fortuna escénica, pero cuya tesis es atractiva. Se titula *El viaje infinito de Sancho Panza*. Aunque don Quijote interviene en la acción, el protagonista es el escudero. Alfonso Sastre hizo suya la idea expresada por Kafka en su narración *La verdadera historia de Sancho Panza* de que Sancho escribió gran cantidad de novelas de caballería y de bandoleros, y logró, con el correr de los años, alumbrar en su mente una especie de demonio, al que bautizaría con el nombre de don Quijote, que acabó lanzándose irrefrenablemente a las más locas aventuras. Así, pues, aquí es Sancho el que saca de sus casillas a Alonso Quijano. El dramaturgo no quiso hacer la escenificación de un texto narrativo, sino una personal lectura en la que nos muestra a «otro» don Quijote y a «otro» Sancho, los mismos y, sin embargo, otros. A lo largo de los veintitrés cuadros de que se compone la obra asistimos, primero, al relato que hace Sancho, encerrado en el manicomio de Ciudad Real, de cómo convenció a don Quijote de que era, efectivamente, don Quijote, y, luego, a insólitas situaciones como aquella en la que el Caballero acepta de buen grado hacer algunas docenas de locuras.

Cuenta el profesor y crítico Pedro Barea, que el tal Alonso Quijano y su compañía permanecen ininterrumpidamente en cartel desde que debutara hace cuatrocientos años. Todo parece indicar que seguirá rodando por los escenarios, aunque, en consonancia con los tiempos actuales, a veces lo haga enganchado a los juegos de rol y a Internet. En la plaza Mayor de Salamanca, La Fura dels Baus ha roto los moldes que se emplean habitualmente para dar forma teatral a la novela del Cervantes

con un espectáculo titulado *Yo no he leído a Don Quijote*, que es presentado como un homenaje a los libros. Curioso homenaje en el que participan ciento treinta personas, de las cuales ochenta son actores, bailarines y trapecistas. Estos últimos son el armazón humano de un gigantesco molino sobre el que vuela, a treinta metros de altura, un dirigible de dieciocho metros de longitud. En semejante escenario no es sorprendente que Sancho se comuniquen con la Ínsula Barataria a través de videoconferencia o que Rocinante se haya convertido en una rara criatura cuyo esqueleto son siete sillas ocupadas por otros tantos actores y cuyas extremidades son patas de insectos de diez metros de altura.

El futuro inmediato de la vida escénica del *Quijote* está asegurado, pues, a pesar de que el Centenario ha llegado a su fin, todavía se preparan nuevas adaptaciones. Entre las de estreno más inmediato figura *En un lugar de Manhattan*, a cargo de Els Joglars. Su director, Albert Boadella, ha explicado que su propósito es abrir una reflexión sobre la desaparición en España en pocas décadas de los valores quijotescos. La obra viene a ser una denuncia de la incapacidad del mundo actual para reconocer en nuestro entorno las virtudes del espíritu del *Quijote* y, por tanto, el fracaso de una quimera. Advierte, además, que, si en la actualidad alguien intenta encarnar ese espíritu, está condenado a la marginación o a ser tildado de loco.

A pesar de mis reticencias sobre las versiones teatrales del *Quijote*, he de admitir que soy responsable de una, cuyo título es *En aquel lugar de la Mancha*. Sólo diré de ella que responde a un encargo y que me animó a escribirla el hecho de que no podían aparecer, entre los personajes, ni don Quijote ni Sancho. Debían proceder de la legión de secundarios que transitan por la novela. Yo elegí a sus parientes, amigos y otros vecinos de su pueblo, quienes, tras la muerte del hidalgo, recuerdan sus tres penosos regresos, siempre molido y convertido en eterno perdedor. Lo que he querido ofrecer es el retrato de aquel Alonso Quijano que quiso erigirse en personaje legendario y no pasó de ser un perseverante perdedor.

La visita a España de siete compañías procedentes de diversos países de Iberoamérica con espectáculos relacionados con el *Quijote* nos ha permitido conocer de primera mano la influencia de la novela de Cervantes en aquella región⁴. Si bien es cierto que el proyecto había

⁴ Las representaciones tuvieron lugar en Madrid y Alcalá de Henares en junio y julio de 2005 en el marco del festival de teatro «El Quijote en Iberoamérica», organizado por el CELCIT. Casi todas las compañías llevaron sus espectáculos a otros festivales celebrados en España, entre ellos el Internacional de Teatro Clásico de Almagro y el Iberoamericano de Teatro de Cádiz.